

Un check-up de la salud del cuerpo de la Congregación

Alberto Toutin ssc
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 137 – 4 de noviembre 2019



Durante la visita canónica en la Delegación de Flandes, Jean-Blaise y yo, fuimos a visitar a uno de nuestros “mayores” en la congregación. Cumplirá el año próximo 100 años, si Dios quiere. Tiene dificultades auditivas y de visión. Eso no le ha impedido recibirnos con cordialidad y con un vivo interés por lo que está pasando en distintas áreas de la Congregación. En el curso de la entrevista, le pregunto por su oración al Señor por nuestra familia religiosa. Y buscando en su interior las palabras que subraya con sus brazos abiertos: “Que todos [los miembros de la Congregación] estén convencidos y unidos para siempre con el Señor”. Al escucharlo y conociendo las limitaciones de salud que se han instalado en él con la edad, nos decíamos todos los que fuimos testigos de esta oración: “Este hermano goza de una buena salud espiritual”. Nos estaba transmitiendo así su testamento. Avalado por una vida vivida plenamente, este hermano nos dice que estemos convencidos en lo que hemos recibido como don: la fe, la espiritualidad de la Congregación, el ministerio, los hermanos y hermanas con los que caminamos y tantos otros regalos, y que vivamos unidos al que ha querido unirse para siempre a nuestras vidas, al Señor Jesús. Era como ver cumplido en una persona esta expresión fuerte del credo de san Pablo:

³⁵ *¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, la persecución, el hambre, la indigencia, el peligro, o la violencia?*

³⁸ *Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni lo presente ni lo por venir, ni los poderes, ³⁹ ni lo alto ni lo profundo, ni cosa alguna en toda la creación podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor” (Rom 8,35.38).*

Intercesión, profesión de fe renovada

Otro momento para medir la salud de la Congregación es cuando un hermano decide dejar la comunidad. No hay una salida igual a la otra y obedece a un discernimiento específico. En las últimas semanas, he recibido innumerables correos de hermanos, hermanas y laicos, a propósito de la decisión de Javier Álvarez-Ossorio de dejar el ministerio presbiteral y la congregación. En ellos, me han compartido sus reacciones: sorpresa, dolor, desconcierto, desilusión, algunos su rabia y pocos, un juicio. Y al mismo tiempo, muchos me han compartido su oración por Javier, por la Congregación y por mí como superior general. En esto percibo también un signo de buena salud del cuerpo. Es una oración que expresa primero gratitud por lo que este hermano ha aportado con su vida y servicio a la Congregación. Luego es una oración que se sitúa con respeto ante ese ámbito insondable para nosotros, no para Dios, que es el corazón humano en su respuesta al Señor que no cesa de llamar a cada uno por su nombre. También es una oración de intercesión por el cuerpo de la Congregación. Intercesión que es, al mismo tiempo, una profesión de fe con renovada confianza en que es el Señor quien conduce a cada uno y a la Congregación, sosteniéndonos con su mano providente y fiel. En estos sentimientos llevados a la oración ante el Señor percibo por cierto dolor de todo el cuerpo que se resiente cuando un miembro de la comunidad parte. Ello habla también de la fuerza de los vínculos que se han podido tejer entre nosotros en virtud de nuestra pertenencia a la Congregación y del camino que hemos hecho juntos. Y también percibo una luz visible a los ojos de la fe y la apertura a una gracia por acoger, cuando cada uno relea la propia vocación como la aceptación del Señor que nos conduce y de su amor irrevocable por cada uno, por su Iglesia y por su "obra", nuestra Congregación, como amaban llamarla nuestros fundadores.

Releer el ministerio como un don

Escribo estas líneas cuando Thomas y yo estamos haciendo la visita canónica a Filipinas y luego iremos a Japón, mientras Derek y Jean Blaise está haciendo la visita canónica de la provincia de Brasil y de la región de Paraguay. Durante la visita en Filipinas acompañamos a José María Dumagat ssc que fue ordenado presbítero en su tierra natal, en Sagay en Negros Occidental, en la región de Bisayas el pasado 20 de octubre. Uno de los ritos que acompañaron a su ordenación fue la procesión de la comunidad cristiana con la imagen de la Virgen del Rosario, patrona de la parroquia que lleva su nombre. La comunidad venía con la Virgen hasta la casa familiar de José Marie. Allí estaba el nuevo ordenado, junto a su familia, y vecinos, que se unieron a la procesión y emprendieron el camino de vuelta a la parroquia. Una pequeña banda acompasaba el paso de la procesión. A medida que pasábamos por los pasajes de su barrio, los vecinos se asomaban para ver lo que estaba pasando: "La Virgen en procesión está en nuestro barrio y además uno de los nuestros, que ha crecido entre nosotros, ha sido ordenado presbítero". El conjunto del barrio no permaneció indiferente a esta visita. Se alegraba junto a su familia de ver a uno de los suyos ahora sacerdote. Alegrarse con los que se alegran y hacer fiesta por lo que Dios va haciendo en medio de su pueblo es un signo de buena salud del espíritu de esta comunidad. También era un mensaje fuerte para José María al caminar ahora como presbítero por las calles que lo habían visto crecer. Es una invitación a releer el ministerio recibido como la historia de un don que ha venido a través de estas personas, familiares y amigos que le han ayudado a madurar como

"Percibo una luz visible a los ojos de la fe y la apertura a una gracia por acoger"

hombre y creyente. Además, le recuerda que pertenece también a este cuerpo, que no se olvide de este lugar, ni de las personas que allí habitan con sus alegrías, sus dolores, luchas y esperanzas. Por último, le hace ver que como pastor no está nunca solo, sino que puede contar con este pueblo que le seguirá acompañando. Este pueblo le pide que ahora lo lleve en su oración y ministerio junto a las nuevas comunidades que le serán confiadas.

Responder al inabarcable amor de Dios

Durante este mes de noviembre en que hacemos memoria del *dies natalis* de nuestra fundadora, le hace bien a la salud del cuerpo de la Congregación volver a saborear su forma de responder al inabarcable amor de Dios, manifestado en el Corazón de su Hijo Jesús. Henriette Aymer unifica su oración y su servicio a la comunidad como una forma de "entrar especialmente en la crucifixión interior de su Corazón" (Cf. *Billet de la Bonne Mère au Bon Père*, 3 de febrero de 1802, LEBM 63). Es decir, el hacer de la propia vida una forma de identificarse con las actitudes, los sentimientos y las opciones del Corazón de Jesús de modo que sea siempre Él quien ame y actúe a través nuestro. Allí estaba la fuente de la buena salud del Cuerpo de la familia que ella, junto al Buen Padre, ayudó a cuidar y crecer.

Para mantener la buena salud del cuerpo de la Congregación

Nos vendría bien que nos ayudáramos mutuamente, junto al Pueblo de Dios, a cuidar de la buena salud del cuerpo de la Congregación.

- Teniendo presente a la Congregación para que permanezca convencida del don que ha recibido y unida la Señor que es fiel.
- Cultivando día a día los vínculos de fraternidad entre nosotros a través del afecto sincero y a través de la oración de unos por otros.
- Estando cerca de las personas con las que caminamos, haciendo nuestras sus alegrías, sus dolores, sus luchas y sus esperanzas.
- Pidiendo al Corazón de Jesús que nos haga entrar cada vez más en su amor crucificado que asume nuestras debilidades, nuestras oscuridades, nuestros combates, nuestras caídas y nuestro deseo de caminar junto a Él por donde quiera que él nos conduzca.

Fraternalmente en los SSCC,

Alberto Toutin ssc
Superior General